

# Diplomado

Federico Patán

LLAMARON A LA PUERTA y era Joaquín. Puntual en su llegada, según hábito irrenunciable. Hábito irrenunciable, vestía muy informalmente y el pelo ya necesitaba atención.

—Bueno, pues ya llegué —dijo poniendo un beso desmañado en la mejilla izquierda de Camila.

—Acomódate —respondió ella—... en la sala —agregó ante la mirada perdida del visitante—, ¿algún antojo?

Él volvió a mirarla perdido.

—Que si se te antoja beber algo —y él se excusó aclarando que andaba con prisa.

—Bueno, pues entonces hablemos —propuso Camila, sentándose con algún descuido en el sillón.

Joaquín desvió la mirada, caballeroso.

—Aunque tengas prisa, siéntate un rato, para que plati-quemos a gusto.

Obedeció, acomodándose de perfil a la mujer, cuyo sentado no renunciaba al descuido. Afortunadamente, las piernas eran bonitas.

—Bueno, pues tú dirás.

Camila vestía con alguna ligereza que no le sentaba mal e incluso el descuido inicial, que continuaba, tenía cierto encanto. El encanto de lo impremeditado.

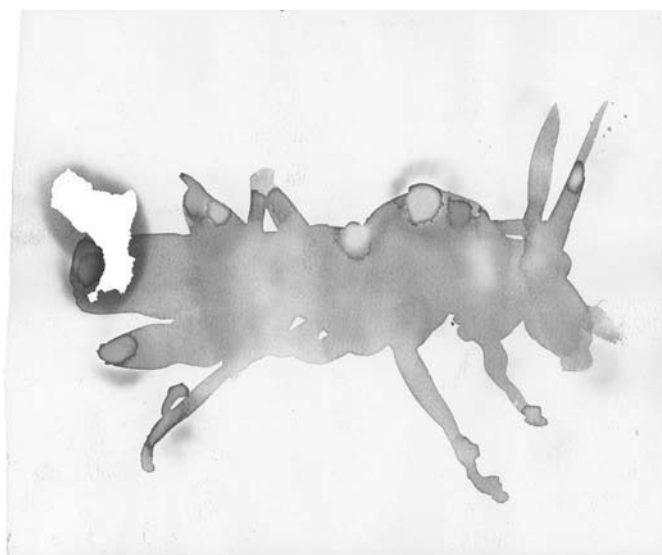
—¿Seguro no tienes algún antojo?

Meditó Joaquín su compromiso y propuso:

—¿Un agua mineral?

—Pensaba yo en algo más estimulante —dijo Camila— como un güisqui o un tequila. Ah, pero claro, tú no bebes —agregó enseguida, y al cabo de unos minutos regresó con el agua y un licor para sí.

Volvió a sentarse con descuido. Joaquín se dijo que ya había cumplido con eso de la caballerosidad.



PATRICIA HENRÍQUEZ

—Bueno, pues tú dirás —repitió tras dar un sorbo al agua.

Camila paladeaba golosa su licor y ninguna prisa tuvo en responder.

—El otro día, en una reunión, hablamos de ti —comenzó finalmente.

—¿De mí?, pues qué aburrimiento para ustedes.

No parecía interesado en la noticia.

—Justo hablábamos de lo rutinario de tu vida.

Joaquín había mirado ya un par de veces el descuido de Camila, quien no parecía darse por enterada. Un descuido elegante, hubo de confesarse.

—Es mío.

Ella lo miró desconcertada.

—¿Qué es tuyo?

Él hizo un gesto de obviedad.

—Lo rutinario. Soy feliz con mis rutinas. ¿Para qué cambiar la felicidad?

Camila lo miró como sopesándolo.

—Pero sólo es un modo de felicidad y hay muchos otros, ¿no crees?

Joaquín lo aceptó con un gesto.

—¿Y qué con ello?

—La curiosidad de saborearlas —le respondió y él se encogió de hombros—. A eso nos referíamos, hablando de ti.

Él quiso saber a cuál eso.

—A tus encogimientos de hombros. Parecen marca de fábrica. ¿Naciste con ellos o qué?

Joaquín negó con un gesto.

—Son aprendidos. Si te interesa, los uso como defensa.

Camila se acarició uno de los muslos, al parecer acomodándose el vestido.

—En esa reunión decidimos que nunca habías engañado a tu esposa.

Él había mirado la caricia con alguna fijeza, pero ahora puso la vista en el rostro de Camila.

—Eso a nadie le importa. Me parece un chismorreo penoso.

Ella se encogió de hombros.

—No es lo peor. Lo peor es que no la has engañado por rutina. Es decir, no se trata de fidelidad y sí de estar cómodo.

Lo curioso es que Joaquín sonrió al escuchar aquello.

—Y entonces, ¿por dónde siguió la conversación?

Camila volvió a ajustarse la ropa, sin descuidar por ello el descuido.

—Nos preguntamos ¿qué harías ante una invitación al engaño franca, abierta?

—Pues tendría que darse para ver los resultados.

Camila quiso enterarse de si en el pasado habían ocurrido.

—Ocurrieron.

Quiso ejemplos.

—Una chica que buscaba empleo...

Al ¿y? de Camila:

—No era la razón pertinente —respondió Joaquín.

—¿Cuál sería una razón pertinente?

El gesto de Joaquín explicitaba lo obvio.

—Que fuera porque yo le gustara y no por conseguir un empleo.

Aquí, Camila sonrió irónica.

—Luego, estás dispuesto al engaño.

Él miró por un instante el vaso sin líquido.

—Me gustaría un poco de güisqui, ¿dónde está? —y tras oír las instrucciones fue a servirse—. He decidido faltar a mi cita —dijo al regresar, y terminó sentado frente a Camila. Un silencio, que amenazaba con desembocar en nada.

—¿Entonces? —preguntó ella.

—Vuelvo a lo del engaño. Lo único que dije es que, de engañar, lo haría porque gustaran de mí, no por otras razones. Pero de allí a que engañe...

El vestido de Camila era de escote bajo y había bastante que mostrar. Lo curioso es que se lo mostraba sin mostrarlo. Nada podía censurarse porque en teoría nada era criticable.

—Entonces no vamos a llegar a ningún lado —expuso de pronto la mujer, ¿tal vez molesta? Le pidió aclaraciones. La mano de Camila volvió a planchar el vestido sobre los muslos. El planchado no disminuía el descuido, que incluso se había incrementado un asomo y, con ello, el encanto.

—¿Sabes quién participó en la plática sobre ti?

—¿Cómo saberlo? —contestó Joaquín.

—Era una pregunta retórica —fue la aclaración de Camila—. Diana —agregó.

El desconcierto de Joaquín no tuvo disimulos.

—¿Diana? —el tono era de incredulidad.

—Sí, Diana. Es más, ella te introdujo en la conversación, que era sobre la fidelidad o, más bien, la infidelidad.

Joaquín quiso aclaraciones.

—Hablábamos de si la fidelidad en el matrimonio importaba tanto como se dice. Hubo opiniones para cualquier gusto. Por ejemplo, Elena dijo que de pronto un día, es decir, una noche, su esposo mostró virtudes nuevas que la satisficieron mucho. Averiguando, averiguando, descubrió que las había adquirido con otra mujer. El engaño, pues, enriqueció la vida del matrimonio y no sólo la sexual.

En opinión de Joaquín, era un simple modo de verlo.

—Micaela dijo que nada lastima tanto a una pareja como la rutina. ¿Tú qué piensas?

Joaquín afirmó que los consortes podían introducir variantes sin participación ajena. Se lo veía interesado en el asunto.

—Pero serían cambios de manualito soso. Nada como la práctica mediante otras experiencias.

Joaquín confesó estar fabricado a la antigüita en cuestiones de fidelidad.

—Eso me regresa a los comentarios que se hicieron sobre ti... Pues que por comodón eres fiel para no crearte molestias... No, Diana no intervino, se limitó a escuchar... Pues sí, mostró mucho interés... No, no se opuso a tales descripciones. Como dije, se limitó a escuchar... No, hablamos cuando nos quedamos solas, ya en la calle. Entonces confesó estar de acuerdo con la valoración hecha... Veo que saberlo no te ha gustado... No, no, si lo entiendo. A mí también me ofendería mucho que hubiera esa imagen de mí... No, no tengo problemas. Vivo sola y manejo mi

libertad a placer... Ya que te vas a servir otro güisquí, sirve otro para mí...

Las manos se rozaron cuando la entrega del vaso. Nada serio. De pie Joaquín, tenía una visión más generosa del escote de Camila. Supo aprovecharla sin mostrarse indiscreto. Ella simuló no darse cuenta. Otra vez sentados frente a frente, se miraron.

—¿En qué estábamos? —preguntó él.

—En que esa imagen de ti no te convence o no te agrada.

Joaquín bebió generosamente antes de responder.

—Lo primero que me disgusta es haber sido motivo de una plática. Odio ser motivo de pláticas... Sí, supongo que tienen derecho, mas yo tengo derecho a molestarme... De acuerdo entonces, cada quien su derecho... Ah, lo segundo es que me juzguen dada una imagen simplista, que en mi opinión no se corresponde con lo que realmente soy... Ah, el famoso derecho otra vez. Recorro al mío de no aceptar esa imagen... Pues bueno, cada quien su derecho otra vez... Lo tercero es más grave: considero una traición que Diana se haya prestado a la plática... Porque hay temas que sólo pertenecen a la pareja... Ah, se limitó a escuchar. Pues mal hecho, debió interrumpir los comentarios para detenerlos... Ah, me defendió. ¿En qué sentido me defendió?... Bueno, ya es algo que no haya expresado quejas de cama... ¿Que las hubo? Entonces no comprendo.

E hizo una pausa, como dejando todo en manos de Camila, que lo miraba sopesándolo una vez más.

—No fui exacta. Quejarse, quejarse, Diana no se quejó... Pues digamos que se limitó a describir una situación... Ocurrió al quedarnos solas, en la intimidad de la relación que tenemos... Dijo no saber si alguna vez la habías engañado. Pensaba que no, sin estar segura... Sí, claro, tampoco tú puedes estar seguro de que no te haya engañado... ¿Cómo te lo tomarías, de enterarte que sí?... Curiosa respuesta. Pocos hombres la darían. Te pinta bien, desde mi punto de vista... Bueno, sí, volvamos al tema. Dijo no saberlo ni quererlo saber. Pero eso fue de principio, luego se soltó a reír. Le pregunté qué pasaba. Sería bueno, dijo, ponerle una trampa y ver su reacción...

Joaquín volvió brevemente al descuido de Camila, para luego mirarle el rostro.

—¿Eres tú la trampa?

—Soy la mejor amiga de Diana —sonrió Camila.

—En esto de los engaños hay varias razones. Se engaña por aburrimiento, se engaña porque de pronto nos gusta otra mujer, se engaña por despecho.

Camila quiso saber cuál de esas razones funcionaría en el caso de Joaquín.

—¿Por qué no las tres? —propuso él.

Ella lo miró desconfiada.

—Estoy hablando en serio.

Joaquín aseguró que también él.

—¿Entonces te gusto?

Joaquín tardó en responder.

—No me disgustas —dijo cuando lo hizo.

—Qué poco halagador —pero no había enojo en Camila.

—Digamos que me gustas en abstracto —y miró cómo el descuido de Camila se hacía más patente.

—¿Algo así como si fuera una estatua o un cuadro?

—Algo así.

—El engaño carecería de importancia en tal caso —el gesto de Camila era de picardía.

—Se lo podría entender así. Pero aquí tenemos un punto que pudiera cambiarlo todo.

Camila quiso saber cuál.

—¿Te envió Diana a probarme?

—Probarte —repuso Camila— tiene dos significados. ¿A cuál te refieres?

Joaquín se declaró incapaz de resolver el enigma.

—Eres tú quien puede aclarármelo.

—Ella me envió con un significado en mente, yo acepté con otro significado en mente. ¿Qué te parece la respuesta? —propuso Camila. Joaquín sonrió.

—Inteligente. Pero hablemos en serio: ¿fue esta reunión sugerencia de Diana?

Camila respondió que siempre había estado hablando en serio.

—Dejo a tu consideración de quién fue la idea —terminó, para entonces levantarse con premeditado descuido—. Nunca sabrás por mí si fue Diana probándote o fui yo por mis ganas de probarte. Entonces, tu decisión vendrá de lo que te resulte más propio aceptar... Sí, claro, puedes utilizar las dos razones para decidirte. Estaré en la recámara... —y se fue.

Al oír la llave en la puerta, Diana levantó la vista del libro.

—Pensé que llegarías más tarde.

Joaquín la miró con expresión neutra.

—¿Por qué habría de llegar tarde?

—Simple ocurrencia —contestó ella encogiéndose de hombros.

El beso que se dieron fue cotidiano.

—Bebiste.

—Fue Camila —explicó mientras se dejaba caer en uno de los sillones.

—¿Te la encontraste?

Joaquín hizo un gesto como de cansancio.

—Sabes que sí.

Diana se había sentado frente al marido con un descuido poco habitual en ella.

—¿Por qué habría de saberlo?

Joaquín examinó el descuido con atención. Era cierto, Diana tenía piernas bien formadas. ¿Cómo pudo olvidarlo?

—¿No es tu mejor amiga?

—Eso no significa que le conozca todos los secretos —replicó Diana estirándose en un bostezo.

—Ni ella los tuyos —agregó Joaquín.

—Claro que no —mientras decía esto Diana volvió a estirarse, cubriendo con la mano otro bostezo—. Estoy cansada, pienso que me voy a acostar —y estuvo por levantarse.

—Según tu amiga, no andas muy conforme con nuestra vida matrimonial.

A Diana le vino el asombro a la cara.

—¿Y cuándo dije yo esa barbaridad?

Se había sentado nuevamente.

—En alguna reunión de amigas.

Diana pareció hacer memoria.

—Ah, pero estábamos bromeando. ¿En serio se lo tomó en serio Camila? Simplemente estábamos divirtiéndonos... Nos pusimos a inventar qué tipo de engaño amoroso aceptaríamos... ¿Yo?, pues dije que aquél del que mi marido saliera más experto sexualmente... ¿Por qué entenderlo así?, jugábamos, y eso no quiere decir que esté descontenta... Pues no, no estoy descontenta y Camila se equivoca y me enoja la equivocación... Porque no estaríamos hablando de esto si no fuera por sus errores —Diana parecía en verdad molesta—... ¿Cómo pudiste creerlo?

Joaquín aseguró no haberlo creído.

—Pues de otro modo habría aceptado su propuesta...

Al *¿cuál?* de Diana:

—La de aprender con ella —contestó Joaquín. Diana se mostró pasmada.

—¿Camila te propuso ponerme cuernos?

Él asintió con un gesto.

—Pero no aceptaste.

Él negó con un gesto.

—Titubeaste —y Diana agudizó su observación.

—No, no titubeé, es una mera impresión tuya. Nos vamos a reunir con tu amiga y aclararemos esto —y no aceptó el “no vale la pena” de su esposa—... ¿cómo que no vale la pena? Mira en la discusión que nos hemos metido.

Diana sonrió, acaso tímida.

—Como era de guasa todo, sí dije que, de ocurrir el aprendizaje, mejor con alguien muy experta. “¿Quién?”, me preguntó Camila y sí le dije “tú”. Es muy experta ¿sabes?

Joaquín pidió enterarse de dónde suponía tal cosa Diana.

—...Porque a mí no me parece experta.

La esposa lo miró unos instantes en silencio.

—¿Lo sabes de primera mano? O mejor, de primeras manos —y aguardó la respuesta, que vino como en etapas.

—Presume tanto, que es de suponer un vacío detrás de tanta presunción. La gente experta no necesita alardear.

Le hizo ver que él era muy callado.

—¿Qué estás buscando, Diana?

Ella se encogió de hombros.

—¿Habrás tomado en serio una broma? Dices que te la encontraste ¿ocurrió así?

—Pidió verme alegando una urgencia —dijo después de negar con la cabeza.

—¿Y?

La miró como diciendo “es obvio”.

—Hablamos y me dijo lo que te dije.

Diana repitió su *¿y?*

—¿Habrías querido que te pusiera cuernos en bien de pulirme? —Joaquín estaba decidido a atacar.

—Quiero menos pulimento y más fidelidad.

Joaquín la acusó de dar por hecho lo que aún no era un hecho.

—¿Y cómo voy a saber si es o no un hecho?

—Estaré en la recámara... —Joaquín se levantó.

—No, espérate, ¿de qué se trata? —lo detuvo Diana.

El esposo hizo un gesto de obviedad.

—Hacemos el amor y tú decides si he aprendido algo nuevo.

—¿Pero así, en frío?; además, ¿cómo saber si no ocultas lo aprendido?

—Tendrás que aprender a vivir con la duda.

—Si ya me había dicho Camila que podríamos caer en esto.

—¿Entonces sí le pediste que me enseñara? —dijo Joaquín, próximo al corredor.

—Tendrás que aprender a vivir con la duda.

Y desaparecieron en su habitación. •

FEDERICO PATÁN, poeta, ensayista, traductor y crítico literario, reside en México desde 1939. Maestro en lengua y literatura inglesas, es profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. En 1987 obtuvo al lado de Sergio Galindo el Premio Xavier Villaurrutia por la novela *Último exilio* y en 1994 el Premio Universitario a la Creación y la Difusión de la Cultura.